La medicina natural
al alcance de todos

Manuel Lezaeta Acharán

PAX

Índice

Introducción 11

Capítulo 1. La ciencia de la salud 15

Capítulo 2. La ley natural 19
Respirar siempre aire puro 22
Comer exclusivamente productos naturales 23
Ser sobrios constantemente 25
Beber únicamente agua natural 27
Tener suma limpieza en todo 28
Dominar las pasiones, procurando la mayor castidad 29
No estar jamás ociosos 31
Descansar y dormir solo lo necesario 32
Vestir sencillamente y con holgura 32
Cultivar todas las virtudes, procurando estar siempre alegres 34

Capítulo 3. Historia y doctrina 35
Doctrina térmica de salud 37
Cómo concebí la doctrina térmica 38
Resumen de mi doctrina 42
La doctrina térmica. Cuadro sinóptico 46

Capítulo 4. Medicina natural y medicina
medicamentosa se oponen 47
Leyes absolutas y no teorías 51

Capítulo 5. Las temperaturas en el cuerpo humano 53
El hombre vive desequilibrando las temperaturas de su cuerpo 54
Fiebre local 57

Capítulo 6. Toda dolencia es de naturaleza funcional y no microbiana 59
Enfermedad aguda y crónica 62
Toda dolencia supone fiebre o calentura 64

Capítulo 7. La salud y sus manifestaciones 67

Capítulo 8. Enfermamos por desequilibrio térmico del cuerpo 71
Origen de la fiebre interna o calentura 73
Efectos de la fiebre interna 75

Capítulo 9. Fiebre curativa y fiebre destructiva 79
Cómo producir fiebre curativa 80

Capítulo 10. Enfermo: desarreglo funcional
y enfermedad. Síntoma de dicho desarreglo 85

Capítulo 11. No hay enfermedades distintas,
solo hay enfermos por desarreglo funcional del organismo 89

Capítulo 12. Investigación del estado de salud 93

Capítulo 13. El arte de curar es cuestión de
temperaturas y no de medicamentos 103
Desinflamar es curar 106

Capítulo 14. Parásitos y microbios 111
Infección y putrefacción 116

Capítulo 15. La naturaleza cura al poner
el cuerpo en equilibrio térmico 119

Capítulo 16. La nutrición 125
Nutrición pulmonar 126
Nutrición cutánea 128
La nutrición intestinal depende de la temperatura
del aparato digestivo 132

Capítulo 17. Trofología o dietética 139
De los alimentos, su clase, cantidad y combinación 140
Alimentos que refrescan y alimentos que afiebran el tubo digestivo 143
Combinaciones alimenticias 150

Capítulo 18. Las eliminaciones defienden la vida 155

Capítulo 19. La propia fuerza vital, único agente curativo 161
Defensa orgánica 163
La vida es renovación 165
Elementos vitales 166
El lodo es agente de salud porque combate
la calentura o fiebre interna y local 174

Capítulo 20. El agua fría, agente de salud 179
Sistema nervioso 179
La piel 181
Cómo obtener equilibrio térmico 183
Sudor y reacción 183
El agua fría 185
Cómo el agua fría conserva y restablece la salud 186
Reglas comunes a toda aplicación de agua fría al exterior del cuerpo 189
Frotación o baño de toalla 190
Las seis frotaciones 192
Envolturas o paquetes 193
Chorros o afusiones 197
Baños 201
Vapores 205
Lavado de la sangre 206
Vapores parciales 210
Enemas o lavativas 210
Resumen 211

Capítulo 21. Plantas y frutas salutíferas 213
Cola de caballo o limpiaplata 214
Flores de heno, Paja del campo o semillas de pasto miel 216
Fenogreco 216
Ortiga común 217
Frutas 218
Cuajada, miel de abejas y purgantes 219

Capítulo 22. Indicaciones y advertencias 221
Para obtener éxito 224
Cómo controlar la curación 225
Punto de partida de la curación 227
Régimen de salud 228

Inocencia o penitencia 230

Capítulo 23. Casos de curación 233

Capítulo 24. Vivimos la época de los grandes errores de la medicina 247
La ignorancia del público permite prosperar la falsa medicina 249
Una medicina reemplazando una religión de Estado 251
Por qué se complican las enfermedades 251
Medicina de guerra en tiempo de paz 252
Enfermedades incurables 253
¿Por qué fracasa la medicina? 253
Cómo la autoridad médica defiende la salud pública 254
Trascendencia de este fallo 257
El uso de los agentes naturales no está sujeto a la tuición médica 258
Técnica médica 260
Homeopatía 260
Otros sistemas 261
Doctrina térmica es fuente de salud 262

Parte práctica. Tratamiento de las dolencias 263

Índice analítico 467

Acerca del autor 479

Capítulo 1
La ciencia de la salud[1]

¿Tener buena salud consideráis el mayor bien sobre la tierra?… Digo que no, la felicidad está en saber conservarse sano.
Padre Tadeo

La enfermedad es una ofensa a Dios. La salud es el mejor tributo que el hombre puede ofrecer a su Creador.
Cardenal Verdier

Quiero iniciar este primer capítulo con una importante definición: Ciencia es el conocimiento cierto de las cosas por sus causas. En el camino del progreso, que es la salud, hay tres etapas: primera conocer la verdad, segunda comprenderla y tercera realizarla. Para llegar a la meta gloriosa de la salud es menester el conocimiento de las leyes naturales, comprensión de las mismas y práctica en la adecuada aplicación de esas mismas leyes que nuestra artificial vida ha colocado en último lugar.

La sabiduría está en la naturaleza y no en el laboratorio. Para ser sabio de verdad, preciso es observar la obra del Creador —vale decir la naturaleza—; practicar sus leyes inmutables y adquirir la suficiente experiencia personal.

El laboratorio, su observación, práctica y experiencia solo forman sabiduría convencional, sabios de laboratorio, que jamás poseerán la ciencia que hace la felicidad de los irracionales que viven con salud sin más guía que su propio instinto.

La salud vale más que la vida porque esta sin aquella no vale la pena vivirla. "Ignorancia de la salud" es la única y verdadera causa de todas las enfermedades que el hombre sufre en el curso de su existencia. Se comprende entonces la capital importancia que tiene instruir al niño, al hombre y a la familia en tan importante materia, objeto que se propone realizar el presente libro.

En pocos años el público ha agotado casi sesenta ediciones de esta obra, hoy conocida en numerosos hogares de México. En Chile, España, Portugal y Argentina también es editada. El éxito sorprendente que este acontecimiento significa tiene su explicación en el ansia de vida y salud que el individuo siente, tiranizado cada día por la enfermedad crónica y por los errores de la medicina medicamentosa y quirúrgica.

[1] En la Grecia de Platón la enfermedad era vergonzosa y criminal; en cambio, el hombre sano era considerado ejemplo de buen ciudadano. Entre nosotros, mancos, cojos, ciegos, tuertos y tullidos, a toda hora invaden nuestras plazas y calles presentándose con aire satisfecho de ofrecer a la vista del público sus parches y mutilaciones como condecoraciones de la ciencia. ¿Progreso de la medicina o retroceso de la salud?

Capítulo 5
Las temperaturas en el cuerpo humano

Nuestro cuerpo tiene dos envolturas; la externa nos aísla del ambiente que nos rodea y se llama piel, y la interna, que cubre las cavidades interiores de nuestro organismo, se denomina mucosa. La salud, o sea, la normalidad funcional del cuerpo, depende del equilibrio térmico sobre piel y mucosa.

El hombre es animal de sangre caliente y su calor es de 37 °C en estado de salud.

La circulación sanguínea, resultado de la actividad nerviosa, determina en el cuerpo su temperatura. Esta será normal circulando la sangre uniformemente en él. Toda alteración circulatoria del fluido vital origina y mantiene en el organismo congestiones y anemias con alteración de su equilibrio térmico. Será mayor la temperatura en la zona congestionada y será menor en la región del cuerpo que tiene deficiente circulación sanguínea, porque la plétora de esta es resultado de mayor actividad nerviosa y la deficiente actividad de esta energía determina escaso riego sanguíneo.

Como lo revela el iris de los ojos, mientras más acentuada es la congestión en las entrañas del cuerpo, más deficiente es también la circulación de la sangre en su piel, extremidades y cerebro. Este es el desequilibrio térmico que caracteriza el estado de alteración variable de la salud humana, cualesquiera que sean sus síntomas o manifestaciones.

En su actividad normal el organismo humano mantiene siempre una temperatura uniforme: 37 °C, tanto sobre su piel como en sus mucosas intestinales. Esta normalidad térmica es consecuencia del uniforme riego sanguíneo de los tejidos, porque la sangre lleva el calor.

Este equilibrio térmico, que permite el normal funcionamiento de la máquina humana, es fuente de *salud*.

Toda *enfermedad* siempre constituye desequilibrio térmico en grado variable, con alza de la temperatura interna del cuerpo por congestión de sus entrañas, y debilitamiento del calor de su piel y extremidades por deficiente riego sanguíneo.

Este desequilibrio de las temperaturas origina trastornos variables en las funciones orgánicas porque los órganos congestionados trabajan mal por plétora de sangre y también los órganos anémicos alteran su trabajo por escaso riego sanguíneo.

Como toda dolencia es manifestación del desarreglo funcional del organismo por desequilibrio térmico, siempre está caracterizada por fiebre, de aquí que no existe enfermo sin fiebre o calentura. Cuando esta no se constata por el termómetro aplicado bajo el brazo, es porque la fiebre está refugiada al interior del cuerpo.

En las afecciones agudas, la fiebre o calentura cuyo origen siempre está en el interior del vientre, se propaga a todo el organismo, manifestando reacción saludable de las defensas naturales, que procuran la purificación orgánica.

La fiebre interna, que no sale a la superficie del cuerpo, es característica de todo enfermo crónico, y revela insuficiente defensa del organismo, además, es causa de desnutrición e intoxicación porque favorece las putrefacciones intestinales.

Mientras la fiebre que sale a la superficie del cuerpo manifiesta reacción salvadora, la fiebre interna, que enfría la piel y extremidades, denuncia deficiente actividad orgánica, vale decir debilitamieuto de la energía vital del sujeto.

El hombre vive desequilibrando las temperaturas de su cuerpo

El vestido inadecuado vuelve sensible a la piel y los alimentos indigestos afiebran las entrañas. La piel, continuamente sustraída al conflicto térmico que la atmósfera nos ofrece, se debilita progresivamente y se enfría. Las ropas inadecuadas, rodeando el cuerpo de un calor artificial, ahorran a este la necesidad de producir constantemente calor propio, mediante activo riego sanguíneo de la piel. Por otra parte, los alimentos cocinados e indigestos, que exigen extraordinario y prolongado esfuerzo digestivo, por reacción nerviosa, congestionan las mucosas y paredes del estómago e intestinos y aumentan la temperatura interna del cuerpo a expensas del calor de su piel y extremidades.

Insisto: el trabajo forzado y prolongado que exige en el estómago e intestinos la elaboración de alimentos inadecuados significa reacción nerviosa y circulatoria que sube la temperatura intema del cuerpo; a expensas del calor externo, por debilitamiento de esas mismas actividades de la piel que se rodea de calor prestado por abrigos que la sustraen al conflicto que la atmósfera ofrece a todo ser viviente.

La fiebre interna que consume la vida de las poblaciones urbanas se origina, pues, por estas dos causas: congestión del aparato digestivo por los diarios esfuerzos que exigen los alimentos inadecuados para ser digeridos y el debilitamiento de la piel por falta de conflicto térmico con la atmósfera debido al vestido inconveniente.

Mientras más débil es la temperatura de la piel, mayor es el calor en las mucosas del interior del vientre. El debilitamiento de la piel recarga el trabajo de las

Capítulo 12
Investigación del estado de salud

Ya es tiempo de que dejemos de mirar por ese pequeño agujero del microscopio y elevemos los ojos hacia la inmensa claridad de todo lo Creado.
D. E. Leonardi

En mi doctrina térmica el diagnóstico médico de enfermedad es no solo inútil, sino también perjudicial, porque desvía la investigación del único objetivo que interesa al enfermo, que es saber cómo recuperar su salud, que es la que le falta. En efecto, es la alteración de la normalidad funcional de su organismo lo que ha perdido todo enfermo y, para volver a disfrutarla y conservarla, de nada le sirve el nombre de su dolencia. Del mismo modo, de nada le servirá a quien es atacado conocer el nombre de su enemigo, porque lo que necesita es que se le den armas adecuadas para su defensa.

El diagnóstico médico de enfermedad lleva a actuar sobre el síntoma o manifestación de alteración de la salud, sin restablecer esta, que es normalidad funcional del organismo, la que solo es posible obtener colocando al poner el cuerpo a temperatura equilibrada y normal, tanto en su interior como en su superficie.

El control médico también es inútil y perjudicial, porque solamente el propio interesado puede determinar el funcionamiento de su intestino, que es la oficina donde se fragua la salud y la vida del cuerpo, según la frase del inmortal Cervantes. Y tengamos siempre presente que no existe enfermo con buena digestión, ni persona sana con mala digestión. Por fin, sabemos que el proceso digestivo solo es posible con temperatura normal en el interior del vientre.

Todo esto solo es posible comprobarlo por las revelaciones del iris de los ojos del individuo, observados según mi doctrina térmica.

En el iris se observa la normalidad o la anormalidad orgánica, por impurificación y mala circulación de la sangre, pero no se pueden diagnosticar enfermedades porque, cualquiera que sea su nombre, estas constituyen fenómenos negativos y alteración de la salud en grado variable.

Congestión de las entrañas y deficiente circulación sanguínea de la piel se revelan en el iris de los ojos de todo enfermo en grado mayor o menor. Esta congestión febril se presenta como esponjamiento del tejido iridal que rodea la pupila de cada ojo. El deficiente calor de la piel se revela por descoloración de la periferia del disco iridal.

El diagnóstico médico corriente solo es clasificación de síntomas o manifestaciones de alteración de la salud, con nombres convencionales y basado también en convencionalismos de escuela. En la naturaleza no hay nombres, sino fenómenos normales o anormales. La observación del iris de los ojos del enfermo, según mi doctrina, establece que el desequilibrio térmico del cuerpo es la naturaleza y origen del desarreglo funcional del organismo, característico del estado de enfermo con o sin síntomas. Impurificación orgánica y mala circulación de la sangre en grado variable son consecuencias de este desarreglo.

Al caracterizar la alteración de la salud como desarreglo variable en las funciones orgánicas, la observación del cuerpo y sus actividades debe ser la base de toda investigación. La clase y calidad de los alimentos que ingiere el enfermo, condiciones y forma de sus eliminaciones por su piel, riñones e intestinos, circulación de su sangre y actividad del pulso, deben ser los puntos de vista que nos guíen para establecer la naturaleza del desarreglo orgánico que es preciso poner en orden.

Mediante el examen del iris de los ojos conoceremos también la calidad del organismo y la vitalidad del individuo. Además, así será posible comprobar el estado de cada uno de sus órganos y el grado de pureza o impureza de su sangre y tejidos.[1]

Comprobadas las fallas del organismo enfermo queda indicado el camino que debe seguirse para restablecer su normal funcionamiento, vale decir, su salud integral. Este camino, digámoslo desde luego, es el equilibrio térmico, afiebrando la piel y refrescando las entrañas del cuerpo.

El errado concepto de enfermedad que atribuye el desarreglo orgánico a la acción de microbios, por clasificar y combatir a estos, coloca al facultativo fuera de la cuestión que interesa al enfermo: restablecer sus funciones de nutrición y eliminación, cuya normalidad aleja toda dolencia.

Olvidemos la medicina medicamentosa, porque todo síntoma o manifestación de alteración de la salud es fenómeno que procura la defensa de la vida orgánica, y lejos de investigar la causa que obliga a la naturaleza del enfermo a obrar en forma determinada, se dirige a sofocar dichos síntomas. Pretende enmendar el rumbo que, obedeciendo leyes inmutables, toman los procesos fisiológicos alterados por vida antinatural. Con procedimientos artificiales y mortíferos se ahonda así el conflicto que ya existía entre la naturaleza y el enfermo, convirtiéndose el médico en cómplice y encubridor de este en las violaciones de la ley natural.

Los medios de diagnóstico en uso por la medicina facultativa se dirigen a ponerle nombre a la manifestación del desarreglo orgánico que se denomina enfermedad por la patología. La conclusión que así se obtiene no tiene ninguna relación con las necesidades que precisa satisfacer el enfermo para obtener la

[1] El ama de casa conoce muy bien si el pescado que va a comprar está fresco o caduco observando sus ojos. Si estos están daros y transparentes comprobará la pureza de su cuerpo. En cambio, si se ve que los ojos están empañados y turbios comprobará la putrefacción y corrupción de dicho cuerpo.

Capítulo 21
Plantas y frutas salutíferas

Conjuntamente con las plantas tratamos aquí de las frutas, porque ambos productos reúnen cualidades de alimento y "medicamento".

El orden de la naturaleza ha establecido que el reino mineral sirva al vegetal y este al animal. El vegetal es, pues, el intermediario obligado entre el mineral y el animal, elaborando las sustancias que este necesita para formar sus tejidos y cuerpo. Nuestra estructura orgánica está hecha de tierra y agua (lodo) y, como la vida es el cambio orgánico, o sea la renovación constante de nuestra materia, necesariamente debemos apelar a la tierra para mantener nuestra naturaleza material.

La planta es el laboratorio en que se acumulan y vitalizan las sustancias minerales que la tierra posee, o sea, es la tierra organizada y vitalizada y, en esta forma, es el alimento obligado del hombre. Los frutos de los árboles, como hemos visto, son además acumuladores de energías magnéticas, eléctricas y solares.

Las plantas las empleamos no como remedio, sino como estimulantes o calmantes de emergencia. La enfermedad tiene una causa interna y solo puede desaparecer por obra de una fuerza interna también: la reacción orgánica. En este sentido, no hay remedios que posean virtud curativa, pues toda curación es obra de la vitalidad del enfermo la que se robustece mediante buena nutrición y activas eliminaciones de lo malsano, para lo cual es preciso colocar el cuerpo en equilibrio térmico, según mi doctrina.

La virtud benéfica de las plantas, reconocida y apreciada desde que el hombre existe en la Tierra, se debe a sustancias estimulantes, calmantes, disolventes, purificadoras o de naturaleza no bien definida, que favorecen reacciones y purificación orgánica.

La alopatía, no pudiendo negar las propiedades benéficas de las plantas, confiesa que se sirve de ellas, pero en forma concentrada, aprovechando solo sus agentes activos, para lo cual las transforma en el laboratorio.

El resultado de este falso concepto es que la planta desorganizada deja de ser el agente que la naturaleza ha puesto para bien del hombre y queda reducida a un producto aislado, más o menos tóxico, perjudicial casi siempre.

A pesar de los progresos de la química y de la fabricación de drogas de todas clases que se ofrecen al público con activa propaganda y nutrida literatura, la humanidad, con una especie de instinto de conservación, sigue creyendo en el poder benéfico de las plantas y las busca con constante confianza.

El efecto en nuestro organismo de las plantas, generalmente es tan misterioso como todos los procesos que mantienen la vida. La acidez del estómago se calma rápidamente mascando hojas de encina o de lechuguilla; los gases son expulsados por el ajenjo y por las semillas del hinojo o del anís; los dolores estomacales desaparecen con la menta o la salvia; las hemorragias se cortan con la limpiaplata y, así por el estilo, estos modestos agentes naturales, están siempre presentando al hombre importantes servicios.

Aunque muy interesante y útil es el estudio de todas las plantas, en este capítulo trataremos solo de algunas de ellas, especialmente eficaces en su uso externo del cuerpo.

Pero hay que insistir que bastará con las aplicaciones externas de agua fría, compresas, envolturas, ortigaduras y cataplasmas de lodo para restablecer el equilibrio térmico del cuerpo, alterado en todo enfermo, indispensable para su normalidad funcional, que es salud integral.

Cola de caballo o limpiaplata *(Equisetum arvense)*

Purifica la sangre, limpia el estómago, hígado y riñones; detiene las hemorragias y cura heridas recientes y úlceras malignas

Tratamos en primer lugar esta planta, porque, sin duda es la más eficaz y tiene más valor. En algunas regiones del país, se le conoce con el nombre de canutillo. Existe otra especie que crece a orilla de los canales en forma de cabellos ásperos.

Prospera en terrenos arcillosos, pantanos, prados húmedos y a orillas de los ríos, se puede recoger en cualquier época del año.

Tiene muchísimas aplicaciones y se puede combinar con casi todas las otras plantas, aumentando así su eficacia extraordinaria. Puede usarse, no solamente el agua en que se ha hervido, sino también el vapor y la planta misma.

Su acción es purificadora en heridas y úlceras, derivativa en compresas y vapores y cicatrizante de lesiones, siendo un auxiliar valiosísimo para aliviar toda clase de dolencias especialmente úlceras malignas.

Es asombrosa la facilidad con que cicatrizan las heridas, por antiguas que sean, lavándolas con el agua del cocimiento de la limpiaplata, que favorece la formación de tejidos nuevos, a la inversa de los "desinfectantes" que, por matar los microbios, matan las débiles células de los tejidos en formación, eternizando así el proceso curativo.

Dice el Padre Tadeo: "Su acción es por demás prodigiosa y sería cuento de nunca acabar el querer traer a colación todas las curaciones, verdaderamente estupendas, efectuadas con solo el auxilio de esta humilde hierbecilla.

"Hace ya algún tiempo, a un pobre muchachito se le cortó el dedo índice de la mano derecha, en una máquina aserradora, pero en tal forma, que el dedo quedó colgando por la base con solo un pedacito de piel. Entonces quise ver hasta dónde llegaba la eficacia de la limpiaplata y tomando al niño por mi cuenta le entablillé el dedo y le fui aplicando nada más que compresas de esta planta. A los pocos días, el dedo estaba perfectamente unido y se podía mover en todas direcciones, sin asomo siquiera de dolor.

"Otra vez, arranqué de las garras de la muerte con el vapor de esta planta a una persona que sufría fuerte hemorragia y estaba desahuciada por los médicos. Y así podría continuar la lista interminable de hechos admirables.

"Para las contusiones, hinchazones, heridas y llagas pútridas o cancerosas, es remedio excelente sobre toda ponderación, lavarlas con agua de limpiaplata y colocar sobre ellas compresas o cataplasmas de la misma planta.

"En las hemorragias nasales, no hay cosa mejor que aspirar por la nariz el vapor o el agua de esta hierba. Y en todos los trastornos, descomposiciones y vómitos de sangre, como también en los casos de fiebre o calentura, produce eficacísimo resultado el té de limpiaplata.

"Finalmente, para las enfermedades de los riñones, del hígado, bazo y vejiga, para las obstrucciones de las vías urinarias, para los cálculos, arenillas, almorranas, eqtancamientos de sangre, fetidez de aliento, purificación del estómago, cáncer, lupus y otras enfermedades cutáneas, se obtienen efectos segurísimos con el agua, el vapor o las compresas de la limpiaplata.

Cola de caballo, hierba del platero o limpiaplata

Pasto miel

Parte práctica
Tratamiento de las dolencias

La medicina habla el idioma de la enfermedad.
Mi doctrina térmica habla el idioma de la salud.
No cure, normalice, colocando el cuerpo
en equilibrio térmico.

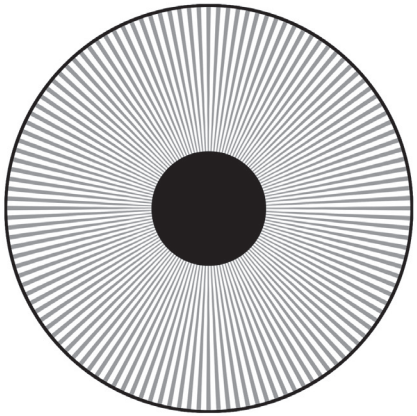
Introducción[1]

Como se ha dicho, por primera vez en la historia, mi doctrina térmica saca el problema de la salud del hombre del trillado campo de la patología y terapéutica, en la que hasta la fecha se ha debatido en el mundo, y lo coloca en el terreno de las temperaturas, de acuerdo con las revelaciones del iris de los ojos de millares de individuos observados en el curso de 40 años.

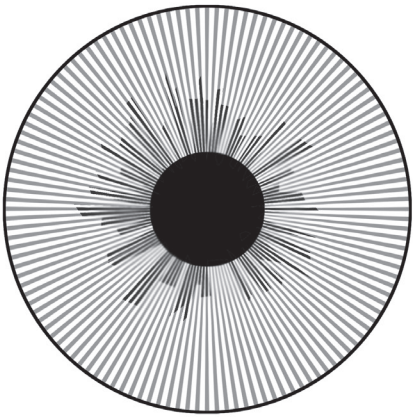
Según este original criterio térmico, no se diagnostican enfermedades, no se dan remedios y tampoco se "cura". La acción salvadora se dirige a normalizar la digestión del enfermo y activar la función eliminadora de su piel, todo lo cual se conseguirá colocando al cuerpo en equilibrio térmico. Según esto, en lugar de ponerle nombre a la dolencia, se determina el carácter de la anormalidad funcional que debe ponerse en orden, de acuerdo con las revelaciones del iris de los ojos del sujeto, interpretadas según mi doctrina térmica. También el pulso nos auxiliará para constatar la calentura o fiebre interna que debemos combatir en todo enfermo, a fin de obtener su normalidad digestiva, único camino para llegar al restablecimiento de su salud integral.

El lector debe darse cuenta una vez más, que mí doctrina térmica, cuya aplicación se enseña en esta parte, está al margen de toda escuela médica, ya que se desentiende de la anatomía, porque considera el cuerpo un solo órgano; nada tiene que ver con la fisiología, porque el organismo tiene una sola función, que es la vida; a un lado queda la terapéutica porque es la naturaleza la que cura, es decir, restablece su normalidad funcional colocando el cuerpo en equilibrio térmico.

[1] En esta segunda parte insertamos gráficos del iris de los ojos con las revelaciones del desarrollo funcional propio de las dolencias más comunes. Así cualquier persona podrá comprobar por sí misma la verdad de la doctrina expuesta en esta obra, que atribuye toda dolencia a fiebre gastrointestinal de intensidad variable. Es esta fiebre la que se revela por esponjamiento del tejido iridal alrededor de la pupila de cada ojo y de ahí se proyecta al órgano enfermo. Del estómago parte siempre la ofensiva para enfermar el órgano afectado.



Iris que revela salud por normal constitución y funcionamiento del organismo que lo presenta.



Iris que revela constitución inferior y anormal funcionamiento por fiebre o calentura gastrointestinal que se inicia.

Ni aun el enfermo aproxima la escuela médica a mi doctrina térmica porque, mientras para la medicina el enfermo es "paciente" sometido a la autoridad del médico, para la doctrina térmica es "sujeto" a quien se instruye para que por sí mismo actúe procurando la normalidad funcional de su organismo.

Con lo expuesto se comprende que en este plan nada tienen que ver los "microbios", siempre incapaces de perturbar la normalidad funcional orgánica, la que se mantiene o recupera con temperatura equilibrada de la superficie e interior del cuerpo.

Insisto: el verbo "curar" no se conjuga en mí doctrina térmica porque ese concepto supone la intención de interferir actividades defensivas de la naturaleza, manifestadas en el síntoma, olvidando que a ella solo se le vence sometiéndose a sus leyes inmutables. En lugar, pues, de curar, debemos siempre y en todo caso pensar en normalizar las funciones orgánicas del enfermo, colocando su cuerpo en equilibrio térmico, de acuerdo con las necesidades que se revelan en el iris de sus ojos, como lo explico en mi libro sobre esta materia.

Según esto, toda dolencia, se llame viruela, tifus, cáncer, sífilis, asma, diabetes, tuberculosis, tumores, etc., desaparecerá con buenas digestiones y activas eliminaciones de la piel del enfermo, porque no existe enfermo con buena digestión, ni persona sana con mala digestión. Como todo individuo falto de salud tiene mayor calor en su interior que en su piel, siempre es preciso provocar fiebre curativa en la superficie de su cuerpo y combatir la fiebre destructiva de sus entrañas.

Naturalmente, los medios son siempre los mismos y solo varían las aplicaciones y su intensidad en cada caso. Los principios son absolutos, pero su aplicación es relativa en cada sujeto. Así, una frotación de agua fría es benéfica en un cuerpo

que ofrece calor para la reacción y, en cambio, perjudicial en una piel fría que no reacciona con calor.

Tampoco pueden ser las mismas aplicaciones igualmente adecuadas para sujetos diferentes. Un infante precisa aplicaciones muy suaves; un hombre robusto andará mejor con aplicaciones enérgicas; un inválido requerirá tratamiento adecuado a su estado y siempre habrá que actuar con tino, prudencia y buen criterio, según el caso.

No olvidemos que la propia naturaleza del enfermo es la que realiza la curación o sea la vuelta a la salud. Para que ello sea posible, repetimos, es necesario colocar el cuerpo en equilibrio térmico.

Sin embargo, para amoldarnos al concepto popular de "enfermedad" y facilitar, en un momento dado la consulta de las indicaciones y consejos expuestos en el texto de esta obra, vamos a clasificar con los nombres corrientes los distintos síntomas o manifestaciones de "falta de salud", es decir, del desarreglo funcional, única dolencia en definitiva. Porque es necesario siempre tener presente que lo que se llama enfermedad no es un nombre, sino que constituye un fenómeno de anormalidad funcional que es preciso poner en orden.

Algunas personas creen que para aplicar mi doctrina térmica se necesita consultar al médico para saber de qué enfermedad se trata. Este es un error porque, como se ha dicho, en esta doctrina no se diagnostican enfermedades, no se dan remedios, ni se "cura", solo se normaliza la digestión del enfermo y se activan sus eliminaciones, colocando su cuerpo en equilibrio térmico.

Al enfermo no le interesa su enfermedad, sino su salud, que es la perdida. De nada le servirá conocer el nombre de su dolencia, su presión arterial, la composición química de su sangre, orina, jugo gástrico, esputos, excremento, revelaciones de rayos X, etc. En cambio, necesita saber cómo restablecer su digestión, su sueño, capacidad de trabajo y alegría de vivir, lo que solo es posible normalizando el funcionamiento de la máquina humana, porque lo que da la salud cura la enfermedad.

Siendo siempre idéntica la finalidad de colocar al cuerpo en equilibrio térmico para que la naturaleza normalice sus funciones, en esta parte solo se enseñan dos regímenes: uno para afecciones agudas, especialmente adecuado a la infancia, y otro para enfermos crónicos más indicado para adultos.

En la primera parte hemos estudiado los agentes de vida y la forma de aplicar el aire, la luz, el sol, el agua, la tierra, etc. Al tratar de cada dolencia en esta parte, indicamos solo las aplicaciones más sencillas, al alcance del más desvalido, a fin de hacer más fácil el tratamiento, sin perjuicio de que las personas que quieran aprovechar el beneficio de otras aplicaciones expuestas anteriormente, lo hagan siguiendo las indicaciones dadas en su lugar.

Por fin, el lector se impondrá, por los gráficos del iris que presentamos más adelante, que toda dolencia arranca de la zona digestiva. De aquí que las llamadas